

**ESPACIOS INTERMEDIOS, ENCUENTROS INTERSUBJETIVOS.
LA COMPRENSIÓN DEL NOS-OTROS Y LA
TRANSCULTURALIDAD
A PARTIR DE LA OBSERVACIÓN DEL PROCESO
PSICOTERAPÉUTICO CON UNA MIGRANTE EN “REFUGIO”**

Emma Ruiz Martín del Campo
Universidad de Guadalajara

Abstract

Based on an experience as participant observer in “Refugio”, a German psychotherapeutic institution for immigrants, I reflect upon certain moments of the interaction between psychotherapist and immigrant. An “intermediate space” (“third space”, Bhabha; “transitional space”, Winnicott) emerges, where intersubjectivity, in the sense of communication beyond cultural differences, becomes possible, and a tie founded on confidence appears. The psychotherapist, representing the culture into which Anna enters, has a benevolent attitude which allows her to comprehend her anxiety and ease up the passage from the known to the unknown, from the cultural loss to the acceptance of new symbolic hybrid elements.

I.- CAMBIO CULTURAL Y SUBJETIVIDAD.

El aceleramiento del cambio cultural a fines del siglo XX produjo nuevos hechos y procesos sociales que pusieron de manifiesto la necesidad de reconsiderar y analizar nuestras formas de estudiar y afectar la realidad social: el debilitamiento de las fronteras entre los diversos Estados, el incremento de las migraciones, el marcado desarrollo tecnológico con la consiguiente rapidez para transmitir una información que se esparce por las más disímiles comunidades humanas, etc. La transformación del mundo hacía necesario reformular aquello que llamamos cultura. De la concepción de las culturas como unidades estructurales con cierta congruencia y homogeneidad que las diferenciaban entre sí, pasamos a una comprensión de la cultura como tramas de significado entretejidas a partir de las distintas experiencias humanas, mismas que en los albores del siglo XXI se han vuelto más complejas, plurales y dinámicas (Geertz, 1973), (Elliot, 1997)

Agradezco al consejo directivo de “Refugio”, a todo el personal que ahí labora y muy especialmente a Ingrid Koop y H. Farshidi (psicoterapeutas), por haber hecho posible mi observación participante en dicha institución y en sus respectivos ámbitos de trabajo.

Agradezco así mismo a la Prof.. Dra. Maya Nadig el haberme puesto en contacto con “Refugio”.

Los vertiginosos cambios del mundo actual nos llevan a preguntarnos también por los efectos que dichas transformaciones tienen en los sujetos, en sus percepciones, perspectivas e identidades. Al respecto afirma Elliot: “El mundo posmoderno es un circuito de signos fugaces. Con el desarrollo de la globalización y las tecnologías de la comunicación

masiva, la fragmentación del espacio social y la dislocación del tiempo histórico presionan profundamente sobre la organización del propio ser” (Op. cit., 39).

El incremento de la movilidad de los sujetos en la actualidad, así como de la información de la que los mismos son provistos, aumenta drásticamente la diversidad de sus experiencias, modifica sus percepciones del tiempo y del espacio y genera identidades más provisionarias y cambiantes, híbridas, compuestas, identidades, como diría el mismo Elliot “sin garantías”. La apertura de las sociedades, el intercambio de símbolos ha liberado las diferencias y nos lleva a caer en la cuenta de que somos sujetos en devenir permanente, ligados a las vicisitudes de la vida, productos de una historia y uno o diversos contextos. Nos definimos y somos definidos por las características con que se nos identifica y a través de las cuales buscamos diferenciarnos de los otros, ubicarnos en grupos de referencia y pertenencia y buscar hilos conductores que nos den la sensación de continuidad a través de los cambios más o menos drásticos de nuestras vivencias.

Si los sujetos todos nos vemos afectados por la aceleración del cambio y el incremento de la movilidad en el mundo actual, los migrantes, al trasladarse a una cultura distinta, experimentan intensas sacudidas de su identidad, que pueden adquirir magnitudes traumáticas (dependiendo del tipo de migración y los motivos a ella subyacentes). “Los migrantes se encuentran en un campo psíquico de tensión entre culturas diferentes, un campo de tensión transcultural” (Pedrina, 1999).

II.- PSICOTERAPIA INTERCULTURAL.

Mi participación como observadora de procesos psicoterapéuticos en “Refugio”, Bremen, me llevó a reflexionar sobre los procesos fundamentales para establecer puentes de comunicación entre los migrantes, y el equipo de profesionales que los atiende.

Además de un(a) psicoterapeuta profesional, con formación orientada a comprender sujetos que oscilan entre diversas culturas, en el encuentro psicoterapéutico con migrantes en “Refugio” participa, siempre que la situación lo requiere, un traductor profesional, que no sólo conoce a profundidad el idioma del migrante, sino también las vicisitudes del proceso de migración, siendo él mismo un migrante. Por otra parte, todo traductor de psicoterapia recibe un entrenamiento profesional previo a su inserción en el proceso. Mi presencia como observadora en las psicoterapias fue un hecho excepcional y estuvo sujeto a la aceptación explícita de los pacientes, así como a una serie de entrevistas previas con los directivos de la institución y los psicoterapeutas para conocer mi formación, discutir los objetivos de mi investigación, etc.

Los inmigrantes que llegan a “Refugio” en busca de psicoterapia son sujetos que sufren una sacudida emocional y un choque cultural al enfrentarse al nuevo medio. Muchos de ellos padecen también traumas de guerra, o de violencia experimentada al salir huyendo de su país. Por otra parte, en el medio receptor hay una serie de condiciones que en lugar de propiciar la restauración del sujeto y su integración a la nueva comunidad, incrementan la inseguridad y angustia y pueden profundizar el trauma previamente experimentado (temor a ser deportado, ser objeto de actitudes xenofóbicas, etc.) De ahí que los migrantes requieran apoyos de diversa índole, entre ellos la psicoterapia, para elaborar lo que han vivido y reunir recursos a fin de abrirse a la nueva cultura que los acoge temporal o definitivamente.

III.- LA CREACIÓN DE ÁMBITOS INTERCULTURALES.

La psicoterapia con migrantes es necesariamente un espacio intercultural. Comprender al otro, procedente de una cultura distinta, implica tanto escuchar acerca de las

vicisitudes de su historia personal, como tender puentes que posibiliten el desciframiento de sistemas simbólicos y de vida disímiles.

Más allá del papel esencial del traductor, el postulado a probar es que el encuentro intersubjetivo entre psicoterapeuta(s) y un paciente inmigrante abre una nueva dimensión interpersonal culturalmente híbrida. El punto de partida de la hibridización son momentos de encuentro emocionalmente significativos, que fundan la confianza y el vínculo entre los diversos participantes en el proceso. Los psicoterapeutas, a través de la apertura de su sensibilidad, su imaginación, su fantasía, y apoyados en el traductor, en objetos materiales valorados por el migrante, etc., descifran las formas simbólicas y culturales a través de las cuales el paciente da expresión a su subjetividad y a la vez le ofrecen mensajes y alternativas de encuentro con el nuevo medio cultural. Se va creando un vínculo que implica el entrelazamiento de diversos sistemas de significación.

Para entender esa dimensión que se genera en el acercamiento entre dos o más sujetos inmersos en universos simbólicos distintos, son centrales las aportaciones de dos teóricos del psicoanálisis: Winnicott y Bion.

En “Realidad y Juego” habla Winnicott de una “tercera zona” que tiene gran importancia en nuestra valoración de la vida y que se configura como espacio intermedio, “espacio potencial que se constituye (...) entre las extensiones del Yo y del no-Yo (...) Este tercer espacio vital se da en mi opinión a través de un campo de tensión creativo (...) Cuando hay fe y confiabilidad existe un espacio potencial, que puede convertirse en una zona ilimitada de separación, que el bebé, el niño, el adolescente, el adulto, pueden llenar de juego en forma creadora, del que más tarde se desarrolla el disfrute de la herencia cultural (...) El jugar y la experiencia cultural son cosas que valoramos de modo especial: vinculan el pasado, el presente y el futuro, *ocupan tiempo y espacio*. Exigen y obtienen nuestra atención concentrada y deliberada, pero sin un exceso del carácter deliberativo del esforzarse” (Winnicott, 1971: 135 -145).

Por su parte Bion sostiene que vamos logrando generar conceptos, comprender signos, hacer nuevas simbolizaciones, apoyados en una liga emocional confiable, cuyo paradigma es la relación entre la madre (o quien desempeña la función materna) y el infante. Citamos: “El proceso intersubjetivo que subyace en esta contención, se construye en una receptividad emocional para la experiencia de la alteridad, un estado mental de ‘ensoñación’, una apertura al ser sin exigencias ficticias de certeza, así como una tolerancia para la ambigüedad y confusión” (citado por Elliot, 1998: 163).

Desde otra perspectiva que busca explicar lo “inter”, el encuentro entre lo propio y lo ajeno, la yuxtaposición de constelaciones simbólicas de culturas diversas, Homi Bhabha postula la capacidad de los sujetos de abrir espacios sociales, ámbitos en los que se da cabida a expresiones distintas a la propia, espacios intermedios que hacen posible la comunicación. Bhabha habla del “tercer espacio”, como lugar de encuentro en el que los sujetos movilizados interna, externamente o en ambos sentidos, generan una realidad intermedia, un espacio común que posibilita la comunicación y define las culturas como estructuras formadoras de símbolos que están descentradas, esto es, que a través del desplazamiento de sus límites se abren a la posibilidad de articulación con lo diferente y están en un continuo proceso de hibridización. (Bhabha 2000).

La creación de espacios intermedios implica que el movimiento principal en el encuentro entre concepciones del mundo representadas por sujetos distintos no es ni de igualación ni de exacerbación de las diferencias, sino de hibridización, así sea provisoria,

transitoria; se trata de la creación de algo nuevo a partir de la mezcla, de la yuxtaposición de universos simbólicos diversos. De hecho nos constituimos en la interacción con otros, somos en parte producto de ellos, de igual forma que ellos se constituyen en la intersubjetividad, somos nos-otros.

IV.-POSIBILIDADES Y LÍMITES EN LA GENERACIÓN DE INTERCULTURALIDAD.

No todos los encuentros entre personas de distintas culturas, ni siquiera en el ámbito psicoterapéutico, tienen como desenlace una amplia hibridización y la integración del migrante en la nueva comunidad, el encuentro con un medio extraño y algunas veces hostil, puede llevar a algunos migrantes a cerrarse defensivamente al nuevo medio y en casos extremos incluso a la desorganización, estados de caos subjetivo, etc. A nivel social puede darse una ‘ghetoización’ que busca la protección de la identidad original de sus integrantes volviendo más rígidas las costumbres, tradiciones, creencias, etc. Erdheim hace alusión a las posibles reacciones ante el encuentro con lo extranjero: “Cultura es aquello que se origina en la interacción con lo ajeno, representa el producto de la transformación de lo propio a través de la aceptación de lo ajeno. Nuestra cultura no lo abarca todo. Es limitada y más allá de sus fronteras se encuentra lo que no conocemos. ¿Nos basta nuestro mundo o nos seduce sobrepasar sus fronteras? Lo ajeno nunca nos deja indiferentes. Nos es ambivalente: ya despierta nuestra angustia y nos empuja a volver a nuestro mundo, pero también es capaz de fascinarnos y estimularnos a salir de él. Si nos permitimos introducirnos a lo ajeno, se llega a un deslizamiento de nuestras fronteras y tenemos que transformarnos. Si por el contrario, obedecemos a la angustia, fortaleceremos y solidificaremos las fronteras.” (Erdheim, M., en Jansen Prokop, 1993: 168).

El encuentro con lo ajeno en la migración y el exilio puede volverse en algunos casos, traumático. Muchos migrantes llegan a un medio cultural que les es desconocido con una comprensión verbal limitada, carencia de perspectivas a futuro, traumas experimentados en el pasado y una situación en el nuevo medio que puede prolongar la situación traumática por la precariedad y la inseguridad de su permanencia en el medio receptor.

Para psicoterapeutas que trabajan con migrantes, es pues indispensable reflexionar sobre el trauma, sus efectos y la posibilidad de su manejo.

Walter Benjamin postula que el extrañamiento y la desorientación pueden ser medios para recobrar un sentido de la subjetividad que sea vital o imaginativo (Benjamin, W., citado por Elliot, 1998: 211).

Bion, por su parte, conceptualiza el “cambio catastrófico” que – dice – puede tener como consecuencia el derrumbe de ciertas fijaciones imaginarias y la apertura de la imaginación psíquica a múltiples significados, a la ambivalencia y la contradicción (Bion, citado por Elliot, 1998: 210).

Elliot abunda en los posibles efectos transformadores de las experiencias traumáticas cuando se dan bajo ciertas condiciones sociales: “Si un individuo puede tolerar momentos de lo que Bion llama “cambio catastrófico”, será posible para él pensar acerca de lo que ha pasado política, histórica y culturalmente. Aquí la capacidad de tolerar lo desconocido, de ‘llevarse bien’ con la incertidumbre es vital para la profundidad del pensar y para el cuestionamiento crítico. Más allá de la dicotomía blanco / negro de la ideología esquizoparanoide, conocer la duda y la ambigüedad es estar inmerso en el pluralismo, la diferencia y la espontaneidad de las condiciones sociales posmodernas”.

Para migrantes que experimentan el cambio de cultura como una pérdida irreparable de referentes estabilizadores, la llegada al nuevo medio puede ser experimentada como un trauma, una privación extrema de lo que se ha experimentado como confiable, la base de la propia seguridad; en tales casos puede haber una debilitación pasajera o más o menos definitiva de la zona de juego, de ese tercer espacio que permite la apertura hacia lo diferente y la innovación. Sin embargo, en circunstancias favorables y cuando el sujeto es bien acogido en la nueva realidad, ese espacio potencial se llena de los productos de la imaginación creadora (como en el caso de una psicoterapia exitosa) y el sujeto logra elaborar sus duelos e insertarse en una experiencia de creatividad.

Tobie Nathan define el “trauma psíquico” como “un dispositivo interno, una forma de organización interna que intenta ordenar un caos afectivo cuyos efectos son inevitables, con ayuda de una lógica compleja” (Nathan, Tobie, citado por Benz: 88) que denomina “lógica traumática”. Si se logra manejar la situación traumática se puede generar una nueva afiliación, pero en caso de no ocurrir así, el trauma se convierte en patológico y no deriva en apertura y creatividad.

La manera como un migrante es acogido en su nuevo medio, es definitiva para la evolución de su situación y su equilibrio interno. El espacio psicoterapéutico, como un refugio inicial protegido en el que se propicia el acercamiento, la generación de confianza y la comprensión, es un punto de partida favorable para la reconstrucción subjetiva y la generación de nuevas simbolizaciones. Dicho espacio psicoterapéutico no define, sin embargo, políticas y otras realidades del medio cultural amplio al que llega el migrante, que son decisivas para hacer posible una nueva pertenencia o afiliación.

El análisis de esa realidad cultural amplia y el destino de los migrantes más allá del proceso psicoterapéutico, están fuera de los alcances de nuestro objeto de estudio. Aquí ilustraremos con un ejemplo lo que ocurre en ese nicho que recibe a algunos migrantes: “Refugio” y que opera como plataforma para posibilitar encuentros intersubjetivos y espacios intermedios, que son, pese a las vicisitudes que le subsigan, un modo de interacción basado en el respeto y la comprensión. En un espacio propiciador del desplazamiento de los límites y la creación de nuevas simbolizaciones, se trabaja en la elaboración de un pasado que se muestra vigente a través de síntomas y mensajes cifrados, se produce una gama de nuevas identificaciones y se apela a la experiencia del “aquí y ahora” que puede resultar, en el mejor de los casos en apertura a un futuro con sentido.

V.- EL ENCUENTRO PSICOTERAPÉUTICO Y LA INTERCULTURALIDAD.

Me tocó ser testigo de la producción de momentos de encuentro y de interculturalidad en la psicoterapia de una mujer procedente de Bosnia, conducida en “Refugio” por Ingrid Koop, quien define su proceder psicoterapéutico como integral: una forma de tratamiento de situaciones traumáticas que comprende acciones que actúan sobre cuerpo, alma y espíritu. La situación traumática experimentada por el sujeto – explica – se aborda de una manera multimodal que pretende lograr el flujo del conflicto para poner en armonía los diversos niveles del funcionamiento del sujeto. (Koop, 2000: 35, en “Con cuerpo y alma”, Documento de “Refugio”).

Esta joven mujer de 23 años, a quien he llamado “Ana” en aras de la discreción, dejó su pueblo natal en Bosnia, cuando los bombardeos serbios les hicieron imposible permanecer ahí. En el momento de la huida era ella una adolescente de 15 años que salía junto con las mujeres y niños de la familia, dejando atrás a su padre y a los otros varones a la defensa de lo

que quedaba de su comunidad. Tras un éxodo largo y tortuoso, en el que le tocó presenciar actos de violencia, Ana llegó ya casada y con dos hijos a Alemania en búsqueda de asilo, por ser su marido perseguido político en su país.

Narraré puntos clave de la psicoterapia que contribuyeron al establecimiento de una base de confianza, a la apertura de los participantes y a la interculturalidad.

Participamos en el encuentro psicoterapéutico Ingrid, la psicoterapeuta, Misael, el traductor procedente de Bosnia, “Ana” y yo.

Ana estaba apuntada en la lista de espera para la psicoterapia de migrantes en “Refugio”. El proceso inició con la comunicación de Ingrid a Ana de que había un lugar para ella y la pregunta de si se mantenía su interés por hacer terapia, Ana aceptó. La acogida de Ingrid a Ana fue cálida y empática. Para abrir un campo de confianza, Ingrid explicó, mediando la traducción de Misael, que como podía verlo, él sería el traductor y que yo era una psicoterapeuta mexicana que deseaba participar como observadora en el proceso si ella lo autorizaba. En seguida Ingrid invitó a Ana a hacernos las preguntas que considerara pertinentes. Ana se dirigió primeramente a Misael diciéndole que de él sabía ya, por su esposo, que trabajaba en “Refugio” y acto seguido, le extendió la mano con amabilidad. Luego me preguntó a mí la razón por la que deseaba observar, yo le expliqué que procedía de México y estaba interesada en aprender formas de trabajar con personas en situación similar a la suya, porque entre nosotros hay gente que es expulsada de su tierra que tiene problemas parecidos a los de las personas que son atendidas en “Refugio”, añadí luego que me obligaba el secreto profesional; ella expresó su aprobación a mi presencia y se lo agradecí.

Ingrid era la alemana que abría para ella un ámbito de su cultura que tendía puentes de apoyo y comprensión. Misael fungía como su compatriota, migrante también, que compartía con ella idioma, costumbres, tradiciones y la pérdida de su lugar de origen; era un puntal de seguridad inicial para Ana. Yo, como mexicana, me acercaba a Ana como procedente de un país más pobre que Alemania, que genera problemas similares a los que ella pasó. Habíamos hecho un pacto de confianza y estaban puestas las bases de la apertura intercultural.

Ana va narrando a través de las diversas sesiones el infierno que vivió desde que empezó la violencia en su pueblo y después tratando de salvar la vida mientras huía. Todos escuchamos con atención. La participación de Misael es empática, sensible, comprometida, yo lo percibo como un fiel traductor de los mensajes de Ana, que los entrega incluso con la resonancia que en él genera su contenido emocional. En un momento dado Ingrid cuestiona a Ana acerca de lo bueno que conservaba la vida para ella y su familia cuando estaban todavía en su pueblo y ya había empezado la fase de intranquilidad. Ana sonríe, lo que no hace muy frecuentemente y nos dice: “Era muy lindo cuando podíamos estar todos juntos de nuevo, incluso mi tío al que después hirieron en mi pueblo y al que no pudimos salvar por falta de atención médica”. Ingrid invita a Ana a compartirnos aspectos entrañables de su vida en Bosnia y expresa con ello el interés y la valoración por su cultura y formas de vida, va propiciando así la liga de pasado y presente, de su hábitat perdido y su medio de residencia actual.

La narración de Ana sigue los pasos de su éxodo. Comparte con nosotros el momento en que su padre soltaba a las vacas mientras se oía el estruendo de los bombardeos. Ingrid pregunta si iba a ordeñar a los animales, pero Ana nos explica que no, que su padre las soltaba porque ya todos se iban y hubiera sido pecado dejarlas atadas, ya que también ellas tenían que poder moverse. En este caso la autenticidad del encuentro intersubjetivo y la generación de un

espacio intercultural se hacen patentes en el interés y respeto que mostramos por conocer otras costumbres, otras creencias y acercarnos comprensivamente a ellas; yo, por mi parte, sentía que me investía por un momento de la religiosidad de Ana y admiraba el respeto de su cultura por los animales.

En un momento de la sesión Ana nos dice: “Mucho de lo que estoy contando lo tenía olvidado, pero ahora me vuelven los recuerdos y cuando no los hablo luego sueño, tengo pesadillas. Me sirve compartir estas experiencias sobre todo porque las escuchan con mucha atención”. La percepción de Ana de la empatía que le ofrecemos y el acompañamiento comprensivo que hacemos de su éxodo, configura ese “espacio tercero o transicional”. Nos acercamos en un encuentro sensible y esclarecedor, sin que las diferencias culturales de los cuatro participantes lo obstaculicen. Los cuatro participantes del encuentro hacemos nuevas experiencias.

En otra sesión, propiciando un momento de encuentro y un punto de identificación, Ingrid invita a Ana a ver que el sol y los retoños primaverales están ahí y luego le sugiere: “cuando puedas sal a pasear y velos por mí, pues yo todavía no puedo caminar por mi pie fracturado”. Ingrid se acerca a Ana al destacar una parte de sí misma que también ha sufrido un daño y está sanando.

Cada vez que Ana avanza en el relato de sus vivencias traumáticas, el grupo vibra con ella, experimentamos un profundo acercamiento afectivo a lo vivido por Ana, es un movimiento que nos une, que amplía nuestro ámbito de comprensión y a Ana le permite llorar sus pérdidas, elaborar su duelo; el grupo opera como un contenedor, un receptor seguro que le proporciona la seguridad de que no se desborda al revivir experiencias tan desgarradoras.

En una de las últimas sesiones de Ana que me tocó presenciar, Ingrid narra que hubo una fiesta luctuosa en el pueblo de Ana, en la que se enterraron los restos de más de 1000 víctimas de la masacre. Ana dice que se enteró de que tal celebración había tenido lugar y llamó por teléfono a su madre, quien le contó que había estado presente en la fiesta fúnebre. Acto seguido: Ingrid va a traer un periódico en el que se publicó la noticia y que trae algunas fotografías. Le extiende el periódico a Ana, que lo revisa con gran interés, luego Ingrid le pregunta si desea quedarse con el artículo, Ana acepta gustosa, Ingrid corta la página y se la da a Ana, quien la dobla y la mantiene empuñada en su mano durante el resto de la sesión. Se crea un objeto (el periódico) y un espacio transicional, estamos en Alemania, pero Ana tiene apretado en su mano el símbolo de un pasado querido. Oscilamos entre el aquí y el allá, el pasado y el presente, provenimos de diversas culturas, pero nos aunamos en el sentimiento de los horrores vividos en Bosnia y en la elaboración del duelo, la despedida de lo que se ha perdido, la apertura progresiva a lo que se tiene acá, también a la esperanza en el futuro simbolizada en los incipientes brotes primaverales. Hemos creado un ámbito intercultural que ha posibilitado a Ana integrar elementos de su cultura de socialización con los del medio que se ha convertido en su hábitat en la actualidad.

V.- LA RESIGNIFICACIÓN DE LA EXPERIENCIA TRAUMÁTICA EN EL ESPACIO PSICOTERAPÉUTICO INTERCULTURAL.

“Llegar a la ‘pureza’ de la de la mirada no es difícil, es imposible”. (W. Benjamin, 1986: 609).

Quiero concluir destacando los beneficios que para Ana tuvo el revivir su éxodo con un acompañamiento diferente: en un espacio de apertura a la interculturalidad que representaba una contrapartida vivencial a lo que ella había experimentado como traumático: el genocidio, la llamada ‘limpieza étnica’, que buscaba destruir al Otro. La receptividad

emocional para la experiencia de la alteridad, eje fundamental de la psicoterapia con migrantes, es ya en sí misma una actitud que propicia efectos creativos, terapéuticos.

En la nueva experiencia cultural, Ana logró compartir sus vivencias traumáticas y al hacerlo ante un grupo de personas con un auténtico interés de comprenderla, y cuyas diversas cosmovisiones no representaban obstáculo a la comunicación, se generó un vínculo y un “espacio potencial” en el que el pasado narrado se conectaba con el presente y a partir del lazo social establecido, del espacio de encuentro que ofrecía sostén, surgía una relación con el futuro marcada por el renacer de sus anhelos y esperanzas. Se daba lo que Winnicott califica como un “campo de tensión creativo” en el que no sólo Ana, sino todos los participantes reconocíamos en nosotros nuevos deseos, reactivábamos nuestra imaginación poniéndola al servicio de la vida.

Las expresiones verbales, las actitudes de Ana al avanzar la psicoterapia, daban cuenta del paso del escepticismo a la confianza en los otros. Entre otras cosas, a través de la interacción, ella tomaba consciencia de su actuar creativo cuando le tocó ser sostén vital de los otros durante su éxodo: a ella, como mayor que muchos de los niños, le fue pedido conseguir alimento; como sobreviviente le correspondió también preservar la memoria, fue testigo de la destrucción que puede ocasionar el delirio purista y empezaba en el proceso psicoterapéutico a compartir su testimonio y a entrelazar su deseo de que algo tan terrible no se repita, con la conveniencia de narrarlo, de socializarlo como una de las formas de propiciar un freno al impulso destructivo. Surgía así para ella un nuevo sentido de lo terrible por lo que tuvo que pasar.

El buen potencial de intermediación simbólica que se generó entre los que seguimos a Ana en la reconstrucción de su experiencia, tenía que ver también con vivencias que todos los participantes en la psicoterapia habíamos tenido: el habernos insertado como extranjeros en otra cultura, Si bien, coincido con Bhabha cuando asegura que la articulación entre culturas es posible más que por su familiaridad, porque todas ellas son prácticas formadoras de símbolos y constituyentes de sujetos (Bhabha, 2000 op. cit), los que nos reunimos en ese espacio psicoterapéutico habíamos sido seducidos, tocados por la diferencia y habíamos gustado el reto de desplazar los límites no sólo de nuestra subjetividad (lo que hacemos permanentemente todos al interactuar, en la empatía, por ejemplo), sino de las improntas de nuestra socialización para dejarnos transformar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bell, K. y otros (2001). *Migration und Verfolgung*. Giessen. Psychosozial.
- Walter, B.(1986). *París, Capital del Siglo XIX*. Turín. Einaudi.
- Benz, A. (2001). *Der Überlebenskünstler. Drei Inszenierungen zur Überwindung eines Traumas*. Frankfurt. Eva Taschenbuch.
- Bhabha, H. (2000). *Die Verortung der Kultur*. Tübingen. Stauffenburg.
- Elliot, A. (1997) *Sujetos a nuestro propio y múltiple ser*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Erdheim., M. (1993). *Das eigene und das Fremde. Über ethnische Identität. Fremdenangst und Fremdenfeindlichkeit*. Frankfurt. Stroemfeld.
- Geertz, C. (2001). *La Interpretación de las Culturas*. Barcelona. Gedisa.
- Koop, I. (2002). *Prozessorientierte Leibintervention in der Psychotherapie. Mit Leib und Seele*. Bremen. Refugio.

- Ninck Gbeassor, D. y otros. (1999). *Überlebenskunst in Übergangswelten*. Berlin. Reimer.
- Oltmer, J. (2002). *Migrationsforschung und Interkulturelle Studien*. Osnabrueck. IMIS.
- Pedrina, F. (1999). *Kultur, Migration, Psychoanalyse*. Tuebingen. Diskord.
- Winnicott, D. (1971). *Realidad y Juego*. Barcelona. Gedisa.